

inusitada, y á su vez comenzó á padecer singulares distracciones. Por entonces, la historia había corrido de boca en boca, y nadie la ignoraba. Las señoras, pálidas y graves, no quitaban los ojos de Octavio. Los hombres sonreían con discreto buen humor. Y mientras que Mad. Josserand tranquilizaba por señas á Mad. Duveyrier, sólo Valeria parecía interesarse en la ceremonia, llena de ternura y como si no pasase nada á su alrededor.

—«¡Chata mía...! ¡qué bien lo pasamos ayer...!» leía de nuevo Octavio, y afectando una profunda sorpresa.

Y después, devolviendo la carta á Teófilo:

—No comprendo caballero, añadió. Esta letra no es mía... vea V.

Y sacando una cartera en la que apuntaba sus gastos como joven ordenado, la enseñó á Teófilo.

—¡Cómo! ¿No es esa letra de V.? balbuceó. V. quiere burlarse de mí... V. es quien ha escrito esto.

El sacerdote se disponía á hacer la señal de la cruz en la mano izquierda de Berta, pero como tenía el pensamiento en otra parte, se equivocó y la hizo en la mano derecha.

—*In nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti.*

—*Amen*, respondió el monaguillo, poniéndose también de puntillas para curiosar.

El escándalo se evitó al fin. Duveyrier probó á Teófilo que la carta no podía ser de M. Mouret, y esto en honor de la verdad fué una decepción para la concurrencia. Hubo suspiros y frases picantes, y cuando los convidados, agitados todavía volvieron los ojos al altar, Berta y Augusto estaban ya unidos, ella sin haberse dado cuenta de la bendición, y él sin haber perdido una sola palabra de las que había pronunciado el sacerdote, perfectamente dentro de la situación y únicamente molesto por la jaqueca que le obligaba á cerrar el ojo izquierdo.

—Dios bendiga á nuestros queridos hijos, dijo M. Josserand absorto y con voz temblorosa á M. Vabre, que se ocupaba en hacer la estadística de las velas que había encendidas en el altar, equivocándose siempre y teniendo por lo tanto que repetir su cuenta varias veces.

El órgano llenó de nuevo el espacio con sus armonías, el cura Manduit reapareció con la casulla, y los chantres comenzaron á cantar la misa. Iba á ser una misa cantada con gran pompa. El tío Bachelard que se

paseaba examinando las capillas, leía sin comprenderlas las inscripciones latinas de los sepulcros: la de el duque de Crequy le interesó particularmente. Troublot y Guenlin se habían acercado á Octavio para que les contara los detalles de su entrevista con Teófilo, y los tres bromeaban detrás del púlpito. Los cánticos se inflaban bruscamente como los vientos de la tempestad, los monaguillos agitaban los incensarios: después había pausas, toque de campanillas, y momentos en los que se oía el murmullo del sacerdote que oficiaba. Teófilo estaba intranquilo sin soltar á Duveyrier á quien aburría con sus reflexiones, sin tino ya y no comprendiendo cómo el individuo de la cita en la iglesia no era el mismo que había escrito la carta. Los concurrentes continuaban espionando todos sus gestos: la misma iglesia con su desfile de curas, el latín, la música y el incienso, comentaba apasionadamente la aventura. Cuando el cura Manduit después del *Pater noster* bajó para dar la última bendición á los desposados, interrogó con una mirada la turbación profunda de los fieles, los rostros excitados de las mujeres, las maliciosas sonrisas de los hombres, bajo la viva y alegre luz que penetraba por las ventanas y en medio de la

churrigueresca riqueza de la nave y de las capillas.

—No confiese V., dijo Mad. Josserand á Valeria, cuando la familia, terminada la ceremonia, se encaminó á la sacristía.

Allí los recién casados y los testigos firmaron; pero hubo que aguardar á Campardon, que había llevado á algunas señoras á ver los trabajos que se estaban haciendo bajo su dirección en el Calvario, en el fondo del coro, detrás de una empalizada. Al fin llegó, se excusó y cubrió el registro con su espaciosa firma. El cura Manduit, quiso, en honor de ambas familias, encargarse de poner la pluma en manos de los firmantes, designándoles el sitio en donde debían echar la firma, y sonreía con su aire de amable tolerancia mundana en medio de la sacristía.

—¿Vamos á ver, señorita, dijo Campardon á Hortensia, no le entran á V. ganas de seguir el ejemplo de su hermana?

Pero apenas dijo esta frase reconoció su falta de tacto. Hortensia se mordió los labios. Sin embargo, esperaba aquella misma noche obtener en el baile una respuesta decisiva de Verdier, á quien asediaba, para que optase entre ella ó su querida. Así es que respondió con sequedad:

—Aún tengo tiempo... cuando yo quiera. Y volviendo la espalda al arquitecto se halló de manos á boca con su hermano León, que acababa de llegar, tarde como siempre.

—¡Así me gusta! le dijo, ¡papá y mamá deben estar satisfechos! No hallarse presente al casamiento de una hermana... ¡es bonito! ¡Por lo menos esperábamos que hubieras venido al mismo tiempo que Mad. Dambreville!

—Mad. Dambreville hace lo que la parece y yo lo que puedo; dijo secamente el joven.

Las relaciones de esta dama y el joven se habían enfriado. León pensaba que le entretenía más de lo regular, cansado ya de un lazo cuyo fastidio había aceptado en la creencia de que le proporcionaría una buena boda, y hacía ya quince días que la exigía el cumplimiento de sus promesas. Madame Dambreville, poseída de un amor rabiioso por el joven, había llegado hasta á quejarse á Mad. Josserand, de lo que ella llamaba veleidades de su hijo. Así es que ésta quiso reñirle echándole en cara su falta de cariño y consideración á la familia, faltando, como había faltado, á una de las ceremonias más solemnes; pero con su voz

arrogante de joven demócrata alegó razones: una ocupación imprevista en casa del diputado, á quien servía de secretario, una conferencia que había tenido que preparar, mil pejugueras, todas de la mayor importancia.

—¡Se tarda tan poco tiempo en hacerse un casamiento! dijo Mad. Dambreville, sin pensar en la intención de su frase y dirigiéndole una mirada suplicante para enterrecerle.

—¡No siempre sucede eso! respondió León, con dureza.

Después fué á dar un beso á Berta y á estrechar la mano de su nuevo cuñado, mientras que Mad. Dambreville palidecía atormentada, irguiéndose en su traje de hoja seca, y sonriendo vagamente á las personas que la rodeaban.

Llegó el desfile de los amigos, de los conocidos, de todos los convidados que llenaban la iglesia, desde el pórtico hasta la sacristía. Los recién casados, de pié, no hacían más que estrechar manos, siempre con el mismo aire de embarazo y de satisfacción. Los Josserand y los Duveyrier no daban abasto á las pretensiones. En ocasiones se miraban con asombro, porque Bachelard había llevado personas que nadie conocía y

que hablaban á gritos. Poco á poco aumentó la confusión, todos se estrujaban, no se veían más que brazos saliendo por encima de las cabezas, señoritas aprisionadas entre caballeros de abultado abdomen, enredando las largas colas de sus blancos trajes entre las piernas de aquellos padres, de aquellos hermanos, de aquellos tíos, marcados con la huella de algún vicio. Precisamente Guenlin y Troublot contaban á Octavio que el día anterior había estado Clarisa á punto de ser sorprendida por Duveyrier en una infidelidad, viéndose obligada á colmarle de caricias, para taparle los ojos.

— ¡Calle! murmuró Guenlin... él da un beso á la novia... Debe oler bien.

La gente fué desapareciendo y no quedaron más que la familia y los amigos íntimos. El infortunio de Teófilo continuó circulando á través de los apretones de manos y de los cumplimientos: casi puede decirse que no se hablaba de otra cosa, empleándose las frases de cajón en semejantes casos. Madame Hedouin, que acababa de tener la noticia de la aventura, miraba á Valeria con el asombro de una mujer en quien la honradez es la misma salud. Sin duda el cura Manduit había debido oír por su parte alguna confidencia, porque su curiosidad parecía satis-

fecha y mostraba más unción que de costumbre, en medio de las ocultas miserias de su rebaño. Una llaga viva más sobre la que necesitaba arrojar el manto de la religión. Acercándose á Teófilo le habló discretamente del perdón de las injurias, de los impenetrables designios de la Providencia, procurando ante todo ahogar el escándalo, envolviendo á los asistentes con un gesto de piedad y desesperación, como para ocultar aquellas vergüenzas al cielo mismo.

— Eso es bueno, el señor cura no sabe de lo que se trata, murmuró Teófilo, á quien aquel sermón acababa de hacerle perder la cabeza.

Valeria, de quien no se separaba Mad. Jوزهur, escuchó con emoción las consoladoras palabras del sacerdote, que se juzgó en la necesidad de hablarla también en el mismo sentido. Después, cuando salieron de la iglesia, se detuvo delante de los dos padres de los novios, para dejar pasar á Berta, que iba del brazo de su marido.

— Debe V. estar muy satisfecho, dijo á M. Joserand, queriendo demostrar que no estaba cohibida. Le felicito á V. sinceramente.

— ¡Oh! sí, sí... murmuró el viejo Vabre, cuando casa uno á una hija, tiene una responsabilidad menos.

Y mientras que Guenlin y Troublot se multiplicaban, colocando en los coches á las señoras, Mad. Josserand, cuyo chal detenía la circulación se empeñó en montar la última quedándose en la acera de la calle, para ostentar públicamente su triunfo de madre.

La comida, que se celebró por la noche en el Hotel del Louvre, se resintió también del desventurado accidente de Teófilo. Era una verdadera obsesión, se había hablado del suceso en los coches al pasear por la tarde en el bosque de Boulogne, y las señoras concluían siempre por pensar que el marido debía haber esperado al día siguiente para encontrar la carta. Por supuesto que no formaban en el número de los comensales más que la familia y los amigos íntimos. La única alegría la produjo un brindis de Bachelard, á quien, á pesar suyo, se habían visto obligados á convidar los Josserand. Desde el asado estaba ya calamocano, y levantando el vaso, comenzó á decir: «Soy feliz de la felicidad que experimento,» y repitió la frase muchas veces, sin acertar á salir del atolladero. A pesar de todo hubo para él sonrisas complacientes. Augusto y Berta, extenuados de cansancio se miraban de cuando en cuando, asombrándose de verse el uno enfrente

del otro, y al recordar la situación en que se hallaban, miraban á sus platos.

Cerca de doscientas invitaciones para el baile se habían repartido, y á las nueve y media empezó á llegar gente... Tres arañas alumbraban el gran salón rojo, en el que se habían dejado sillas arrimadas á las paredes, situando en uno de los lados, junto á la chimenea, un tabladillo para la orquesta. Además se había establecido un *buffet* en una sala contigua, y las dos familias se habían reservado una habitación para su servicio particular.

Precisamente, cuando Mad. Duveyrier y Mad. Josserand recibían á los primeros convidados, el pobre Teófilo, á quien vigilaban, cedió á una brutalidad lamentable. Campardon rogaba á Valeria que le concediese el primer wals. Ella se sonreía y su marido vió en esto una provocación.

—¿Se rie V...? balbuceó. Dígame V., ¿de quién es la carta? Por fuerza es de alguien... quiero saber quién es.

Toda la tarde la había empleado en hallar esta idea, en medio de la turbación que las respuestas de Octavio habían introducido en su cerebro, y por lo mismo se empeñaba en saber quién era el culpable. A toda costa necesitaba un nombre, y al ver que Valeria

se alejaba sin responderle, la cogió de un brazo y se lo retorció, con el furor de un niño desesperado, diciendo:

—Te lo rompo, si no me dices de quién es la carta.

La mujer, asustada, conteniendo un grito de dolor, se puso blanca como la cera. Campardon sintió que se dejaba caer sobre su hombro, atacada de una de las crisis nerviosas que padecía con frecuencia, y apenas tuvo tiempo para llevarla á la habitación que se habían reservado las familias de los recién casados. Una vez allí la acostó en un canapé. Algunas señoras la siguieron, y madame Juzeur y Mad. Dambreville se apresuraron á desabrocharla, mientras que el arquitecto se retiraba por discreción.

Sólo tres ó cuatro personas se apercibieron en el salón de aquella breve escena de violencia. Mad. Duveyrier y Mad. Jossierand continuaban recibiendo á los convidados, que poco á poco llenaban el espacio de trajes claros y fracs negros. Oíase un murmullo continuo de galanterías, los rostros sonreían alrededor de la novia, y se veían á cada instante los gruesos perfiles de los papás y las mamás, las delgadas siluetas de las señoritas, y las cabezas finas y piadosas de las casadas jóvenes. En el fondo, un violín

ejecutaba una melodía un tanto lastimosa.

—Caballero, suplico á V. que me dispense, dijo Teófilo acercándose á Octavio, cuyos ojos se fijaron en los suyos, cuando retorcia el brazo á su mujer. Cualquiera en mi lugar habría sospechado... ¿no es verdad? Pero por lo mismo tengo empeño en estrechar su mano de V., á fin de demostrarle que reconozco mi error.

Y dándole un apretón de manos se le llevó á un rincón, torturado por la necesidad de hallar un confidente en quien desahogar sus penas.

—¡Ah! caballero, si yo le contase á V...

Y le habló largamente de su mujer. De joven estaba siempre muy delicada y decían las gentes, bromeando, que el matrimonio la pondría buena. Le faltaba aire en la tienda de sus padres, donde durante tres meses habia ido á verla todas las noches, hallándola bonita, obediente, con el carácter algo triste; pero excelente.

—Pues bien, añadió, el casamiento no la mejoró; antes por el contrario... al cabo de algunas semanas se volvió terrible, y no podíamos lograr entendernos. Riñas á cada instante, veleidades suyas á cada minuto, tan pronto lloraba como reía, sin yo saber por qué. Y luego unos pensamientos absur-

dos, unos caprichos extravagantes, un perpetuo afán en molestar á todo el mundo. En una palabra, mi casa es desde entonces un infierno.

—Es curioso todo eso, murmuró Octavio, comprendiendo que necesitaba decir algo.

Entonces el marido, lívido y estirando sus cortas piernas para dominar el ridículo, habló de lo que él llamaba la mala conducta de aquella desdichada. Dos veces había sospechado que no jugaba limpio; pero era demasiado honrado, para convencerse de que tuvieran fundamento sus sospechas. Sin embargo, no tenía más remedio que rendirse á la evidencia. No era posible dudar. Y con sus temblorosos dedos tocaba el bolsillo del chaleco, en donde guardaba la carta.

—Y si á lo menos obrase así por el interés, lo comprendería, añadió. Pero no le dan ni un sólo céntimo, estoy seguro, de otro modo lo sabría yo. Y no siendo así, ¿quiere V. decirme qué diablos hay en su sangre? Yo me porto bien con ella, en casa no le falta absolutamente... ¿Puede V. explicarse por qué razón es como es? Si puede V., dígamelo, se lo suplico.

—Es curioso todo eso, añadió Octavio, fastidiado de aquellas confidencias y procurando esquivarse.

Pero el marido no le soltaba ni á tres tirones, dominado por la febril necesidad de saber la verdad toda. En aquel momento reapareció Mad. Juzeur, se acercó á decir dos palabras al oído á Mad. Jossierand, que saludaba á un platero del Palacio Real, y en seguida se apresuró á marcharse con ella.

—Creo que su señora de V. sufre un ataque de nervios muy violento, hizo notar Octavio á Teófilo.

—No haga V. caso, respondió éste furioso, y sintiendo no estar malo también para que le cuidasen. Lo que á ella le alegra es tener ese ataque. Con eso todos se ponen de su parte... También yo estoy enfermo casi siempre, y sin embargo, nunca la he engañado.

Mad. Jossierand no volvía, y entre los amigos íntimos circuló la noticia de que Valeria sufría las más atroces convulsiones.

Se necesitaban hombres para sujetarla; pero como había sido preciso aflojarle la ropa, no se admitieron las ofertas de Troublot y Guenlin. Entretanto la orquesta tocaba un rigodón; Berta abrió el baile con Duvyrier, que bailaba con la severidad de un magistrado y Augusto con Hortensia, por no haber encontrado á Mad. Jossierand, la hacían el *vis á vis*. Se había procurado ocultar